

ELEVADA SANTIDAD A TRAVÉS DE LA ALEGRÍA (POR RABBI DAVID HANANIA PINTO SHLITA)



PERASHA DE LA SEMANA AJARE MOT KEDOSHIM

162

24.04.10

10 de Iyar 5770

Publicación
HEVRAT PINTO
Bajo la supervisión de
RABBI DAVID HANANIA
PINTO CHLITA
11, rue du plateau
75019 PARIS
Tel: 00 331 4803 5389
Fax 00 331 4206 0033
www.hevratpinto.org
e-mail : hevratpinto@aol.com

CUIDA TU LENGUA

También a su padre y a su madre

No hay diferencia en la prohibición de escuchar Lashón HaRá (Malidicencias), ya se tratare de terceros o incluso de sus padres o sus familiares. De hecho, encontramos en el Taná DeBé Eliahu que si alguien ve a sus padres hablar lo que no es debido, como ser Lashón HaRá, además de no poder aceptar lo que le cuentan, debe también indicarles que deben abstenerse de obrar así (cuidándose de hacerlo en forma respetuosa). De no hacerlo, todos son responsables de esta grave falta. (“Hafetz Haím”)

“Sean santos, pues Yo, Ha’shem vuestro Señor, soy Santo” (Vaikrá 19, 2)

Rashí cita las palabras de nuestros Sabios: “Sean santos” – apártense de la promiscuidad y de las transgresiones...

Deberemos explicar el significado de la palabra “santo”; Cómo el hombre ha de elevarse hasta llegar a ser considerado santo. Y si, como dijeron los Sabios (Iebamot 20 a) al apartarse de la promiscuidad se santificará, y al apartarse de lo que le está permitido se consagrará, podríamos preguntar: cómo ha de sentir que ha alcanzado el nivel de santidad?.

Podemos explicar, que cuando alguien desea cumplir alguna Mitzvá, el Iétzer HaRá (Instinto del Mal) pone obstáculos para que la misma no sea llevada a la práctica, tal como los Sabios han expresado (Kidushín 30b): “el instinto del hombre recobra fuerzas cada día”. Cuando el hombre supera a su instinto y cumple la Mitzvá a pesar de las vicisitudes, entonces siente alegría en su corazón como si hubiera descubierto un tesoro.

Esta alegría desbordante es la prueba que ése hombre es santo. Al hacer la Voluntad Divina, y apegarse a Él mediante el cumplimiento de la Mitzvá, logró santificarse y volverse un hombre santo.

A ello alude el Versículo al expresar “Sean santos, pues Yo, Ha’shem vuestro Señor, soy Santo”. Es decir, que al cumplir Torá y Mitzvot, y de este modo sientan gran alegría en el corazón, entonces sabrán que son santos, y que se apegan a Mí “pues Yo Soy Santo”. El placer que sienten al cumplir las Mitzvot, es la que los santifica hasta que la alegría desborda.

Es sabido que el servicio a D’s debe ser con alegría, para alcanzar así la santidad. De hecho, al Pueblo de Israel le fue reprochado “porque no serviste a D’s tu Señor con alegría” (Debarim 28, 47).

Pero, ¿cómo es posible que llegue la santidad, y cómo se ha de sentir alegría en el servicio a D’s, hasta saber que hemos logrado santidad?. Con respecto a la promiscuidad, existe el acto y el pensamiento. Cuando se anulen los pensamientos promiscuos, haciendo Teshubá de ellos, se sentirá en el corazón una profunda alegría. Justamente así, en donde se hallan aquellos actos o pensamientos, ha de venir la santidad y colmar el corazón.

Encontramos que nuestros padres se cuidaron tanto en los asuntos de promiscuidad, al punto de llegar así a la santidad ilimitada. Por ejemplo, los Sabios dicen (Tanjumá Lej Lejá 5) sobre Abraham Abinu, en el versículo (Bereshit 12, 11) “me he dado cuenta que eres una bella mujer”, que hasta aquel momento no se había percatado de ello debido a su extremo recato. Es decir, que tanto se cuidaban en ser recatados, que incluso a su mujer no había

mirado, y no sabía que ésta era bella. En apariencia, ello resulta extraño dado que podemos cuestionar: cómo puede ser posible que un hombre no haya observado a su mujer durante tantos años.

Justamente, ocurre que para Abraham, su esposa era como su propio ser, y jamás había sentido nada, ni siquiera placer de su mujer, pues con ella sólo se propuso servir a D’s. Por ello Abraham pudo llegar a tan elevada santidad.

Cuando Abraham llevo a la tierra de Egipto, donde los hombres eran promiscuos, temió que le quiten a su mujer, y de ese modo su santidad se vería afectada. Entonces vio a su mujer, y notó que era bella. Pero de inmediato, para no observarla, y con mayor razón que no la observen otros, la escondió en un armario, tal como es relatado por nuestros Sabios (Bereshit Rabá 40, 5).

También Sará era dueña de un gran recato y santidad, pues aceptó entrar al armario en el desierto, soportar el calor y demás molestias, sólo para evitar que otros hombres la vean. Vemos claramente que por esta Mitzvá sentían profunda alegría, y alcanzaron la santidad. En virtud del cumplimiento de las Mitzvot sintieron con mayor intensidad la santidad. Así ocurre con toda persona, y por ello dice el E’terno que mediante el cumplimiento de las Mitzvot sentirán la santidad en su interior, “pues Yo Soy santo”.

En relación a Simjat Bet HaShoebá, los Sabios dijeron (Sucá 51b) que los Jajamim obraron bien al establecer que las mujeres estén en la terraza y los hombres en el piso inferior durante esta celebración, para que puedan observarse. También fue explicado (Jerushalmi Sucá 5, 1) que por ello esta fiesta fue llamada así, pues “extraen” (Shoebá) santidad. Al haber realizado dicha limitación sentían en verdad la santidad.

La explicación de ello es que en ausencia del pecado y los malos pensamientos, el hombre se siente reconfortado, y recibe santidad, e incluso alcanza el Ruaj HaKódesh (Visión Profética).

De este modo comprenderemos lo que dijeron los Sabios (Pesiktá de Rab Kahana 26, 9) sobre Nadab y Abihú, los hijos de Aharón, que su error fue el no contraer matrimonio, y por ello fueron consumidos y murieron.

Lo anteriormente expresado, requiere explicación. Yosef HaTzadik llegó al reinado por haber dominado su instinto y no doblegarse a sus pasiones (Bereshit Rabá 87, 5), y estaba alegre de transmitir así el mensaje Divino, a tal punto que es llamado “el Tzadik, la base del mundo” (Zohar I 186a). Entonces, ¿por qué fueron castigados Nadab y Abihú al no contraer matrimonio?. Por el contrario, deberían ser considerados grandes Tzadikim, pues dominaron sus instintos, y quebraron sus deseos, sin anhelar poseer una mujer.

El hecho de no contraer matrimonio es considerado una falta. Cuando el hombre alcanza un elevado nivel de santidad, debe unir a él a la mujer para formar un solo ser, como vemos que así hicieron Abraham y los

Continúa en la página 2

demás patriarcas y el resto de los Tzadikim. Cuando un hombre desposa a un mujer completa así el Nombre Divino, pues con las letras de sus nombres forman la palabra I-a (un Nombre Divino), como fue dicho (Sotá 17a) que “si el hombre y la mujer tienen el mérito, la Shejiná (Presencia Divina) está entre ellos”.

Esto ayuda al hombre a sentir santidad en el matrimonio, ya que al dominarse, sentirá placer y alegría, y su corazón se llenará de santidad con el Nombre de D’s, y sabrá que es santo, e incluso sentirá la presencia de D’s, que Es santo. Entonces, siendo que Nadab y Abihú no quisieron llegar a este nivel de santidad, parecería que ya habrían llegado a la integridad total, y por lo tanto no tenían ya nada más que hacer en este mundo.

Sin embargo, el E’terno no estuvo de acuerdo con ellos, y por ello consideró que ofrendaban “un fuego extraño” que no había sido solicitado.

Cuán importante es que trabajemos en lograr la santidad. Las primeras letras de la frase “Sean santos pues (Yo) Soy santo”, en hebreo, en gematría (numerología) suma lo mismo que Kéter – corona. Es decir, que cuando el hombre vence al instinto que lo lleva a la promiscuidad, es como un rey que lleva la corona, y alcanza la integridad y el reinado. Un rey precisa una corona, y el hecho de llevarla es acompañado por la santidad. Por lo que un hombre que llegue a dicho nivel es considerado santo, y un Tzadik que sostiene al mundo.

DE LAS PALABRAS DE NUESTROS SABIOS

Hay juicio y hay mérito

La advertencia de la Torá “con justicia juzgarás a tu prójimo” se presenta a cada iehudí en toda situación, exigiéndole un gran esfuerzo para juzgar a su prójimo positivamente. En cada caso, en todo lugar y situación, y desde cualquier perspectiva – esforzarse en pensar e incluso crear una forma de juzgar para bien.

El desafío no es sencillo, y requiere de mucho esfuerzo. Un trabajo mental desgastante, que finalmente trae los resultados esperados: observar al otro de una forma positiva y agradable. “Y tal como han juzgado para bien –dijo un maestro a sus alumnos- el E’terno lo hará con ustedes”.

Así ocurrió en la siguiente historia, una de tantas que analizan este tema, la cual se publicó recientemente en el libro *Ish LeReehu*.

La mano del Rab D. B. agregó otra marca junto a la lista de temas del tercer tomo del libro *Mishná Berurá*. Cada tema concluido lo acercaba más a completar dicho tomo.

En esta parte del *Mishná Berurá* se tratan las leyes de Shabat, y la misma mereció incluso una introducción especial del *Hafetz Haím*, a parte de la introducción general a la obra.

En la misma, el *Hafetz Haím* se explaya en la importancia de consagrar tiempo al estudio de las leyes de Shabat. Como es su costumbre, el *Hafetz Haím* “aleja con una mano y acerca con la otra”: por un lado hace hincapié en la gravedad y la severidad que pesa sobre quien desprecia estas Halajot, y por el otro destaca la grandeza de quien cuida el Shabat como corresponde, lo cual expía por todas las faltas.

Como es sabido, cuidar el Shabat desconociendo sus leyes es imposible. Siendo así, decidió D. B. estudiar todo este tomo.

Durante su estudio le surgieron preguntas, acotaciones y deducciones las cuales anotaba, como es común, al borde de la hoja. Tras dos años y medio de estudio, su libro desapareció. No es preciso describir el dolor que sintió. Durante el tiempo que se dedicó a estudiar las leyes de Shabat, su vínculo con el *Mishná Berurá* se volvió profundo, sentimental. El problema mayor era, como es de suponer, el haber perdido todas sus notas al borde de cada hoja del libro. Se perdieron horas de profundización. El dolor era muy fuerte.

D. B. comenzó la intensiva búsqueda. En la casa, en el *Bet Mi-drash*, en la *Yeshibá*, en el *Bet HaKnéset* cercano. Sin embargo, la búsqueda no dio resultados.

Luego de un tiempo entendió D. B. que debía abandonar su sueño de encontrar el libro; ya estaba a punto de resignarse. En su interior se sentía desilusionado, como quien pierde un archivo en la computadora sobre el que ha trabajado pues la misma se descompuso.

Deberás pagar por ello

“Me llamo David Brown” (nombre ficticio).

Ocurrió durante una charla ocasional entre D. B. y un hombre que no conocía.

Aquél le preguntó por su nombre y éste se lo dio. La respuesta del extraño fue sorprendente: “gracias por el *Mishná Berurá* que donaste a nuestra *Yeshibá*. Todos los alumnos lo disfrutaron”.

D. B. estaba atónito. Un momento; ¿su *Mishná Berurá* estaba en algún lugar?. ¿Y por qué lo “acusaban” de haberlo donado a una *Yeshibá*?

“¿Dónde está la *Yeshibá*?”, se apuró en preguntar, y su compañero lo acompañó hasta el lugar a pie.

En unos minutos el libro apareció. D. B. lo abrió emocionado y las letras en los bordes de las hojas saltaron ante sus ojos con alegría. Se emocionó mucho, y buscó la primera hoja donde su teléfono estaba claramente anotado.

Junto a la alegría, el dolor golpeó su corazón: ¿Cómo había llegado el libro hasta allí?. ¿Quién fue el “Tzadik” que decidió donarlo a costas suyas?. Y de hecho, ¿por qué nadie se había molestado en comunicarse con él e informarle que su libro había aparecido allí?. ¡La pérdida la había causado mucho dolor!

Pero las preguntas que se agolpaban en su cabeza no eran nada ante lo que estaba por sucederle: “si deseas retirar el *Mishná Berurá* –le dijo el responsable de los libros de la *Yeshibá*- tendrás que pagarnos por ello”.

D. B. casi pierde el habla, pero alcanzó a preguntar: “¿por qué debo pagar por mi libro?”. El responsable de los libros tenía una respuesta muy simple: el libro fue adquirido por nosotros.

“¿Dónde compraron mi libro?”, preguntó D. B., y le indicó el nombre del establecimiento que se los había vendido.

El nombre del lugar era el del *Kolel* en el que él estudiaba!.

No más de un segundo le tomó a D. B. entender lo que sucedía: en donde él estudiaba, había una regla según la cual todo libro quedara al final del ciclo lectivo, pasaría en forma inmediata a ser propiedad del establecimiento, pudiendo disponer libremente. D. B. olvidó su libro en el *Kolel*, pero al buscarlo no lo encontró allí. El *Kolel* vendió su libro junto a muchos otros. Siendo así, nadie tenía ningún motivo para comunicarse con él al teléfono que aparecía en la primera hoja.

Ahora comprendía también por qué aquel hombre le exigía dinero para recuperar su libro.

En resumen, todo estaba correcto. La historia representó para D. B. –y lo hace también para nosotros- una oportunidad para aprender a juzgar para bien. A veces, sólo al completarse el rompecabezas podemos entender que de haber estado en la situación de nuestro compañero, habríamos actuado exactamente como él.

TEFILA - EL SERVICIO DEL CORAZÓN

El Maharil Diskin solía rezar en su cuarto, en soledad, con la puerta abierta a la sala exterior donde se encontraba el Minián, y su voz se oía allí afuera, mientras oraba dulcemente y con reverencia, cual sirviente ante su rey, y como un niño que ruega a su padre.

En una ocasión, su alumno Rabí Tzvi Mijl Shapira fue a realizar una diligencia por indicación de su maestro. En gratitud y a modo de pago, el Rab le reveló por qué oraba en su habitación. Rabí Tzvi Mijl era fiel, y guardó el secreto en su corazón. Sólo contó que el Rab le reveló el secreto, y que el mismo no es comprensible por sí mismo.

Una vez, Rabí Tzvi Mijl observó a través de la puerta abierta. Ello fue al finalizar la Tefilá de Arbit de Shabat. Al volver a su casa estaba muy emocionado. Antes de recitar el Shalom Alejem, dijo: “nos disponemos a recibir a los Ángeles Celestiales. Hace instantes estuve con el ángel que reside entre nosotros. Observé su rostro durante la plegaria Maguén Abot, y vi que al llegar al texto ‘ante Él serviremos con reverencia y temor’ su semblante se volvió como el fuego, como una antorcha, y su frente se hinchó. Me asusté mucho – semejante temor a D’s!. Estoy seguro que quien lo vea en ése estado, adquirirá para sí un verdadero temor al Eterno”.

Su hijo, el pequeño Ben-Tzion, lo oyó, y decidió experimentar semejante muestra de Irat Shamaim (Temor al Cielo). Cada noche de Shabat se paraba en la puerta del cuarto del Rab, observando su rostro, cómo éste se ponía rojo como el fuego al decir “ante Él serviremos con reverencia y temor”. Esos instantes influían en todas sus conductas, y muchas veces, en días de semana, se oía al niño de unos cinco años de edad decir para sí mismo con mucho temor “ante Él... serviremos... con reverencia... y temor...”.

Los miembros del Minián ya se habían acostumbrado, y luego de Vajulú hacían un lugar para que pase el niño a observar el rostro del Rab. Uno de ellos preguntó a Rabí Tzvi Mijl, padre del niño: “¿acaso no tiene en cuenta lo que dice la Guemará (Jaguigá 16a) que quien ve al Nasí, sus ojos se debilitan, pues la Shejiná está allí, como está escrito ‘y darás de Tu Gloria sobre él’?”.

Rabí Tzvi Mijl lo observó, y dijo seriamente: “es un precio que vale la pena pagar, para adquirir temor al Cielo...”.

Y en verdad, el Shabat era distinto luego de echar aquel vistazo, y los días laborales luego de ello eran algo diferente. El pequeño Ben-Tzion se elevó, más allá que los demás niños de su edad, y se destacaba por su reverencia y su constancia en el estudio. A los siete años de edad, su padre lo envió con un Mishloaj Manot para el Tzadik Rabí Uri Burnshtein, quien estaba en cama debido a la enfermedad que finalmente le quitaría la vida. Cuando entró a la casa, el Tzadik abrió sus ojos y dijo a su hijo Rabí Ieshaiá, uno de los alumnos del Rab: “quién es este niño, su rostro brilla por su temor al Cielo”.

En otra ocasión, el pequeño contrajo una grave infección pulmonar, una dura y frecuente enfermedad en aquellos días, la cual por aquel entonces no tenía cura. La situación empeoraba, y sólo aguardaban un milagro.

En la noche de Shabat, precisamente cuando el Rab se hallaba en la plegaria de Maguén Abot, el niño que ardía de fiebre tembló, y todo su cuerpo tiritó, y dejó escuchar “ante Él... serviremos... con reverencia... y temor...”. Su cuerpo estaba húmedo por el sudor, y el médico que lo atendía dijo con un suspiro: “el sudor es una buena señal para el enfermo (Berajot 57a, 72a). Lo peor ya pasó, y con la ayuda de D’s mejorará”. El Shabat siguiente ya estaba de regreso para observar al Rab...

Los años pasaron, y el niño creció y se convirtió en uno de sus grandes alumnos. El 29 de Tebet de 5658, en la noche de Shabat, último día de vida del Maharil Diskin, yacía en su cama con los ojos cerrados, sin conocimiento, rodeado por sus más cercanos alumnos. En la primera fila estaban los más importantes, los Gueonim Rabí Yosef Jám Zonenfeld, Rabí Yaakob Burshtein, Rabí Moshé Najum Walenshtein, y Rabí Tzvi Mijl Shapira. Detrás de ellos estaban los demás estudiantes.

El cuarto estaba lleno, y un silencio absoluto reinaba en el recinto. De pronto sintieron un movimiento. El joven Ben-Tzion, de 26 años, se abrió camino, ignorando las miradas extrañadas que le arrojaban los presentes

en silencio. Con determinación se hizo camino hasta la cama del Rab, tras 21 años de observar al Rab en aquel momento. Lo haría también ahora, en especial siendo posible que aquel fuera el último Shabat...

Aquella decisión parecía una actitud necia, carente de lógica. El Rab se disponía a ascender a las altitudes. Estaba inconciente, y los médicos no tenían esperanzas. Rabí Bet-Tzion llegó hasta la primera fila, justo antes de donde estaban los grandes sabios. Se ubicó en la segunda fila, apretándose un poco, se paró en puntas de pie y observó el rostro de su maestro que parecía desmayado.

De pronto, un estremecimiento recorrió a todos los presentes. En el momento en el que el Rab solía decir Maguén Abot, su rostro cambió y tomó el aspecto del fuego, mientras su frente se hinchaba. Sin decir nada, sin que se oyera su voz, las palabras flotaron en el cuarto: “ante Él... serviremos... con reverencia... y temor...”. Todos los presentes sintieron escalofríos. (HaSaraf MiBrisk)

SOBRE LA PERASHÁ (POR RABBÍ DAVID HANANIÁ PINTO SHELITA)

Santifícate con lo que te está permitido

“Santos serás, pues Yo Soy santo”

Sabemos que nadie alcanza la santidad a menos que se esfuerce en el estudio de la Torá, tal como los Sabios dicen (Shabat 83b), que el hombre jamás debe abstenerse de ir al Bet Midrash y escuchar palabras de Torá, incluso en el momento de la muerte, como está dicho (Bamidbar 19, 14) “esta es la ley; un hombre cuando muera en una tienda” – aún al morir debe estudiar Torá. Resh Lakish dijo que las palabras de Torá sólo se mantienen en quien se “mata” a sí mismo por ellas, como está dicho “esta es la ley; un hombre cuando muera en una tienda”.

Se cuenta sobre Rabenu HaKadosh (Ketubot 104a) que al morir extendió sus dedos hacia arriba y dijo: “Señor del mundo, es sabido ante Ti que me esforcé con mis diez dedos estudiando Torá, y no me deleité siquiera con el dedo pequeño. Sea Tu Voluntad que halle paz en mi descanso”. Por ello lo llamaron Rabenu HaKadosh (el Santo), actuando toda su vida con santidad, sin disfrutar de las comodidades. Al abstenerse de los placeres de este mundo, alcanzó la santidad.

Para alcanzar este nivel, “matándose” por el estudio de la Torá, si bien el hombre tiene un cuerpo que debe cuidar y atender comiendo, bebiendo y descansando para conservarlo, si se consagra en aquello que tiene permitido, comiendo, bebiendo y durmiendo sólo para fortalecerse y así poder servir a D’s, y no por el mero placer físico, es considerado como si hubiera entregado su vida por la Torá, pues hace todo lo que está a su alcance. Escribió Rabí Elimélej de Lizhensk: antes de realizar Netilat Iadaim para comer se debe recitar la “plegaria del arrepentimiento” de Rabenu Ioná, y luego de comer pan se debe decir “LeShem Ijud... no como para deleitar a mi cuerpo, sino para que éste este fuerte y sano para servir al Eterno; que ningún error o falta, o mal pensamiento, o placer físico afecte a la Unicidad Divina, elevada por la santidad de esta ingesta”.

Quien se consagra en aquello que le está permitido, sin utilizar aquello que no es necesario para su manutención, apartándose de los placeres mundanos, es considerado entonces como si no se hubiera deleitado de este mundo en absoluto, entregándose por la Torá y las Mitzvot, y su nivel es superior al de los ángeles. Dado que una persona así, que se ha santificado, puede confundirse y pensar que ya ha alcanzado un nivel excesivo de santidad, y no debe insistir más en ello, creyendo que el Iétzer HaRá ya no actúa sobre él – por ello dijo la Torá: debes saber que mi santidad es superior a la tuya, y si bien te has esforzado hoy en estudiar la Torá, no puedes descansar de tu misión. Cada día debes esforzarte, hasta el último día; es posible que mañana el mal instinto te ataque y te haga caer. Ya está dicho (Abot 2, 4) “no estés seguro de ti hasta el día de tu muerte”. Es decir, que hasta el último día se debe actuar con santidad, y no disminuir los esfuerzos en el servicio a D’s, pues de otra forma el Iétzer HaRá nos hará errar.

MANANTIAL DE TORÁ

La muerte de los Tzadikim

“Y habló D’s a Moshe luego de la muerte de los dos hijos de Aharón” (Vaikrá 16, 1)

Los hijos de Aharón murieron el primer día de Nisán, ¿por qué su muerte es recordada en la lectura de Iom Kipur? Para indicar que tal como Iom Kipur expía a Israel, lo mismo logra la muerte de los Tzadikim.

(Ierushalmi, Iomá 1, 1)

Hombres fidedignos

“Con esto vendrá Aharón al Kódesh” (Vaikrá 16, 3)

Rabí Berajjá dijo en nombre de Rabí Leví: “con esto” – se le anuncia así que vivirá 410 años. Pero, ¿acaso es correcto que Aharón vivió 410 años?

Ocurre que durante el Primer Bet HaMikdash, al haber servido allí con fidelidad y convicción, sirvieron 18 Cohanim: él, su hijo, y su hijo, y así sucesivamente. En el segundo santuario, en el que la dirigencia se obtenía con sobornos, y hay quienes dicen que incluso se asesinaban, sirvieron 80 Cohanim. Y hay quienes dicen que fueron 81, y otros 82. E incluso quienes dicen que fueron 84. Entre ellos estuvo Shimón HaTzadik, quien sirvió 40 años. Al volver a disponer del servicio por dinero, sus años se acortaban.

(Vaikrá Rabá)

Momento de voluntad

“Y pondrá el incienso sobre el fuego ante D’s” (Vaikrá 16, 13)

El incienso es muy querido, pues 14 ofrendas eran acercadas por el pueblo en Iom Kipur, y el Cohén Gadol sólo hacía sus pedidos durante la ofrenda de incienso, como está dicho “y pondrá el incienso sobre el fuego ante D’s”.

Y aprendemos que en ese momento oraba, pues está escrito (Tehilim 141, 2) “prepara mi plegaria como incienso ante Ti”.

(Mishnat Rabí Eliézer)

La plegaria de la madre

“Todo hombre a su madre y a su padre ha de temer” (Vaikrá 19, 3)

¿Por qué en el Sinai se menciona primero al padre –“honra a tu padre y a tu madre”-, y aquí se antepone a la madre?

En el Sinai oyeron todas las naciones la Palabra Divina, por ello antepuso al padre. Pero aquí, en el Ohel Moed, donde sólo escuchaba el pueblo de Israel, la madre es mencionada primero. Ya que en el Ohel Moed las mujeres rezaban, como está dicho “con los espejos reunidos” (She-mot 38, 8) – por ello la madre fue mencionada primero.

(Midrash Agadá)

Creó con sabiduría

“Y vomitará la tierra a sus habitantes” (Vaikrá 18, 25)

Dijo Rabí Berejía en nombre de Rabí Shimón ben Lakish: por cada cosa que D’s creó en el hombre, que algo en el mundo en su lugar. El hombre tiene cabeza, y también el mundo... El hombre vomita, y también la tierra, como fue dicho “y no ha de vomitar la tierra”.

(Kohélet Rabá)

Con sus nombres

“No se dirijan a los dioses” (Vaikrá 19, 4)

Elilim es uno de los diez nombres despectivos con los que se llama a la idolatría, en base a sus prácticas:

Elilim – por ser Jalulim (huecos).

Pesel – pues son nulos.

Masejá – pues son Nesujim (vertidos, por el metal que los forma).

Atzabim – por ser hechos de a partes.

Terafim – por que se descomponen.

Guilulim – pues son despreciables.

Shikutzim – por ser desagradables.

Jamanim – por ubicarse frente al sol.

Asherim – pues son beneficiados y dependen de otros para sostenerse.

(Torat Cohanim)

Respuesta como es debido

“No juren por Mi Nombre en falso” (Vaikrá 19, 12)

Cada día, la fuerza de la severidad se presenta ante D’s y dice: Señor del mundo, escribiste en la Torá “no juren por Mi Nombre en falso”, y el pueblo de Israel en sus ocupaciones jura en falso... ¿Acaso te distraes de lo que sucede, y no los castigas?

Pero el Eterno habla en bien de Israel, y responde: este pueblo madruga para ir al Bet HaKnéset y Bet HaMidrash, y traen a sus niños a las escuelas, y circuncidan su carne. Además, creé para ellos la Teshubá que se equipara a todos los Korbanot de la Torá, ¿acaso crees que lo que hago es distraerme?

(Séder Eliahu Zutá)

Concluir con bien

“Para purificarlo o para impurificarlo” (Vaikrá 13, 59)

¿Por qué el versículo no concluye refiriéndose a la pureza (sino a la impureza)?

Pues fue escrito anteriormente “y limpiará por segunda vez, y se purificará” (13, 58). Por ello mencionó primero la purificación, para que esté a continuación de su primera mención.

(“Lekaj Tob”)